

El territorio como referente de formación: una experiencia de memorias espirituales, saberes y prácticas culturales

Claudia Arcila Rojas

Doctora en Filosofía, Docente Universidad de Antioquia, Medellín, claudia.arcila@udea.edu.co

María Camila Arcila Rojas

Administradora de Negocios Internacionales, EAFIT, Medellín, cami_arcila9810@gmail.com

Mauricio Múnera Gómez

Doctor en Ciencias Humanas y Sociales. Docente Universidad de Antioquia, Medellín, mauricio.munera1@udea.edu.co

Recibido: 3/07/2024 - **Aceptado:** 26/03/2025 - **Publicado:** 7/04/2025

RESUMEN

Leer el territorio, descubrir y describir sus mensajes; escribir sus memorias, interpretar sus huellas, comprender sus semillas y recorrer su dialéctica de etapas y tiempos que se corresponden con el devenir del espíritu de la vida, corresponde a una disposición pedagógica de máxima relevancia en la experiencia formativa, toda vez que tiene como propósito contemplar el planeta como escenario de manifestaciones sensibles, en el cual se revela, paulatinamente, la verdad como una extensión completa que puede representarse en el brote del fruto y su pliegue de formas y colores. Todo ello, dentro de un sentido estético que se sintetiza en la flor y en el cumplimiento de su deterioro y posterior marchitamiento. En este acontecer sublime, cuyo hallazgo fundamental se ofrece en la imagen territorial como memoria planetaria, se desenvuelve la reflexión desde el referente de formación en sus improntas espirituales tejiendo una simbología de saberes y prácticas que dan cuenta de la construcción y vivencia de la cultura. En el recorrido y cultivo de este proceso hermenéutico, se plantea el retorno a la naturaleza en clave de la recuperación de la identidad terrenal para restablecer el vínculo originario con la tierra en defensa y recuperación de un mundo que parece cooptado, manipulado, contaminado y desterrado por el capitalismo. Volver como semillas a este origen, recuperando el valor ilustrativo de la metáfora, supone una postura ética y política que también es expresión pedagógica en interrogación y en conexión con una ancestralidad, cuya dimensión espiritual es fundamento de acción y experiencia material en recorrido dialéctico por el mundo, lo cual significa, en seguimiento de sus etapas y en la indicación de que trazan niveles de cercanía con la armonía. Este es el regreso y la contemplación territorial al planeta como un hogar compartido en el que se expresa la diversidad, totalidad y reciprocidad de la vida.

Palabras clave: territorio; formación; espiritualidad; saberes; cultura.

ABSTRACT

Read the territory, discover and describe its messages; writing your memories, interpreting your traces, understanding your seeds and going through your dialectic of stages and times that correspond to the evolution of the spirit of life, corresponds to a pedagogical disposition of maximum relevance in the formative experience, since its purpose is contemplate the planet as

a scene of sensitive manifestations, in which the truth is gradually revealed as a complete extension that can be represented in the bud of the fruit and its fold of shapes and colors. All of this, within an aesthetic sense that is synthesized in the flower and in the fulfillment of its deterioration and subsequent withering. In this sublime event, whose fundamental discovery is offered in the territorial image as a planetary memory, reflection develops from the reference of formation in its spiritual imprints, weaving a symbology of knowledge and practices that account for the construction and experience of culture. In the journey and cultivation of this hermeneutic process, the return to nature is proposed in the key of the recovery of earthly identity to reestablish the original link with the earth in defense and recovery of a world that seems co-opted, manipulated, contaminated and banished. for capitalism. Returning as seeds to this origin, recovering the illustrative value of the metaphor, supposes an ethical and political position that is also a pedagogical expression in question and in connection with an ancestry, whose spiritual dimension is the foundation of action and material experience in a dialectical journey through the world, which means, in monitoring their stages and in indicating that they trace levels of closeness to harmony. This is the return and territorial contemplation of the planet as a shared home in which the diversity, totality and reciprocity of life is expressed.

Keywords: territory; training; spirituality, knowledge, culture.

1. INTRODUCCIÓN

La actual crisis del cambio climático y el problema que de allí se deriva concerniente a la escasez de recursos naturales para las generaciones venideras, hace importante comprender de manera trascendental las causas que generan el problema. Lo trascendental aquí hace referencia a la descolocación del lugar habitual que suele motivar enunciaciones en el discurrir “por el tranquilo cauce del sano sentido común, el filosofar natural [que] produce, en el mejor de los casos, una retórica de verdades triviales” (Hegel, 1993, p. 45). En este sentido, el posicionamiento reflexivo frente a este problema que nos acoge y nos aqueja como familia humana, encuentra en la experiencia con el territorio, un escenario de posibilidades para evocar la relación pedagógica con el espíritu, en tanto devenir material que permite el aprendizaje y la construcción dialéctica de saberes y el reconocimiento de prácticas que favorecen el cultivo de sentidos para habitar estéticamente el mundo.

A la luz de esta pretensión estética que, al igual que el sentido ético, político, espiritual y epistémico de todo aprendizaje, se deriva de una perspectiva pedagógica socialmente comprometida, se plantea la imagen del territorio como una selva en la que se referencia la metáfora de apreciación del campo, la ruralidad o la montaña; lugar en el cual se figura la contemplación de la naturaleza como dimensión sublime de la vida, en la cual se integran diversos ecosistemas. El territorio que transitamos en plasticidad vital y, por lo mismo, en alteridad con la flora, la fauna y los múltiples organismos visibles e invisibles que tejen la complejidad mágica del espacio.

En esta perspectiva, para tomar conciencia sobre el problema que pretende ser reflexionado, es crucial comprender pedagógicamente las causas y los efectos de la distancia o la indiferencia con el territorio, considerado, al margen de la pretensión formativa, como una fracción que denota extrañeza o desconocimiento de la naturaleza; mutación de identidad que destierra de la memoria primigenia y, por consiguiente, del compromiso con la fuente del alimento, del amor y de la vida misma. Habitar el mundo en exilio de esta evocación pedagógica y de su contemplación y consideración estética, supone recorrer en extravío nominaciones tales como subjetividades ciudadinas, urbanas o globales, las cuales parecieran indicar un desconocimiento

infundado de la tierra como texto preliminar del cultivo de la vida: “Hasta fechas recientes, en el imaginario colectivo, el paisaje rural en un extremo solía ser concebido como campos cultivados; y, en el otro, como ecosistemas deshabitados, por lo tanto, sin intervención de los seres humanos” (Llambi y Pérez, 2007, p. 41).

En esta teorización del espacio, la enajenación de lo humano se plantea en un destierro vital que, como ya lo habría expresado el marxismo, genera una exclusión del acto voluntario en provecho del sometimiento a los actos impuestos, lo cual individualiza en la exclusividad que se corresponde con la inmediatez de la existencia: “El trabajo enajenado invierte la relación, de modo que el hombre, precisamente como ser consciente, convierte la actividad con la que vive, su esencia, en mero medio para su existencia (Marx, 2012, p. 490).

En este sentimiento de individualidad y aislamiento de la tierra y, por ende, del trabajo, también se pierde el vínculo con sus paisajes y con su armonía; se deja de valorar la limpieza del aire y del agua; se rompe con el sentido humano y se vive de manera automática dentro de un modelo ideológico regido por el tiempo de la productividad. En esta lógica de la producción, el mismo territorio pasa a ser sometido sin que la conciencia sea advertida de los estragos que esto acarrea: desmoronamiento del planeta por las desmedidas emisiones de gases tóxicos que enrarecen el aire, intervenciones agresivas que alteran la composición del agua; la tierra invadida por el afán de ganancia. Tan solo para ejemplificar este fenómeno, podría recurrirse a la práctica del fracking, proceso a través del cual se inyecta a alta presión, un líquido compuesto por agua, arena y aditivos químicos en rocas subterráneas y pozos, con el fin de abrir fisuras para extraer petróleo y gas. Esto lo hacen las multinacionales con el único propósito de obtener rentabilidad mediante multimillonarios contratos celebrados con gobiernos. Lo más lamentable de este fenómeno que evidencia la captación del poder político por el poder económico, es que se apoya y se robustece en las dinámicas y confabulaciones de la guerra (Guzmán, 2015).

En nombre de esta prioridad del modelo económico, el territorio está siendo despojado de sus riquezas y, con ello, de sus simbologías y creencias sagradas, pues, en el caso del oro, por ejemplo, que ha sido considerado como un metal sagrado por muchos pueblos indígenas, al representar el sol en la tierra, pasa a convertirse en una amenaza para el territorio y para la vida misma de los ecosistemas que allí conviven. El caso concreto de la selva amazónica, que constituye toda la zona tropical de Brasil, Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela, la cual es rica en oro y coltán, encuentra en estas prácticas un alto nivel de contaminación del agua con mercurio, lo que a su vez está socavando la biodiversidad de esta zona que puede considerarse como un patrimonio natural de la humanidad. Sin duda, en estos preceptos de la rentabilidad, el territorio, tal como ha sido declarado por el capitalismo, es el objeto de explotación que, a cualquier precio, atiende a una idea de desarrollo económico que desconoce el bienestar y el equilibrio social.

La apropiación de este criterio mercantil, recurre a discursividades hegemónicas que, valiéndose del “buen sentido apela al sentimiento, su oráculo interior, rompiendo con cuantos no coinciden con él; no tiene más remedio que declarar que no tiene ya nada más que decir a quien no encuentre y sienta en sí mismo lo que encuentra y siente él; en otras palabras, pisotea la raíz de la humanidad” (Hegel, 1993, p. 46). En vista de esta apreciación problemática, acoger el territorio como referente de formación, significa retornar a la experiencia material del espíritu, contemplando y comprendiendo las memorias ancestrales que, en su contenido sagrado, actualizan saberes y prácticas culturales que invitan a recuperar el sentido humanista desde la estética del acuerdo o, si se quiere, desde una epistemología de la belleza, que enseña el devenir dialéctico como un orden de complemento y compensación.

Este trayecto hermenéutico se correspondió, además del referente documental que se validó en una narrativa de composición metafórica y en cuya movilidad lingüística se apropió la imagen del camino como posibilidad del viaje, con los insumos interrogativos que le conceden a la pedagogía un tránsito por la ruralidad y por el reconocimiento del territorio como un texto de memorias que se convierte en expresión de prácticas y saberes, en las cuales se recupera el telar espiritual que integra la relación material como experiencia vital en devenir del espíritu.

2. DESARROLLO DEL TEMA

Volver al territorio en su escenificación vital de ruralidad en expansión de naturaleza, representa un viaje de la memoria que confía en la conciencia ambiental para afrontar fenómenos como el del cambio climático y su deriva en la destrucción de ecosistemas y riquezas planetarias en el orden material y sagrado. Ponerle la cara a esta amenaza a la vida es un tributo al humanismo como gesto y evocación de la esperanza para compartir con las generaciones futuras.

Esta travesía hermenéutica, visualiza la selva en la semántica de la biodiversidad que traza el territorio como la imagen del mundo y su asiento en la tierra. En este referente se integra la vida y sus múltiples expresiones dentro de un ritmo de temporalidades que ponen en escena el espacio y todo su dinamismo dialéctico. El territorio es testimonio y testamento de la vida; es el pulmón y el escenario que permite apreciar, comprender y valorar las grandes riquezas naturales con las que cuenta nuestro planeta. Y, por supuesto, valga aclararse, un territorio que, en su amplitud y diversidad, es susceptible de mirarse de manera fragmentada para considerar los detalles que lo componen. En tal caso, la región de América del Sur, la cual representa la principal fuente de identidad selvática del mundo, alberga alrededor del 60% de los bosques tropicales más grandes.

En este sentido, la atención que merece la fracción geográfica, no desmiente la idea del territorio como una totalidad rural a la que retornamos para recuperar la identidad con la tierra, pues ella es fuente de la vida que da cuenta de las diversas manifestaciones del planeta, desde plantas hasta frutas y árboles exóticos, y atravesando la pluralidad de la fauna, la cual, lamentablemente, registra una alta población de animales en peligro de extinción.

Este hecho planetario resulta alarmante, toda vez que pone en evidencia un atractivo desmedido para las lógicas del capitalismo que, sin respeto a ningún código bioético, explota los recursos de la tierra bajo las coordenadas de la ganancia como único criterio a ser defendido. A la luz de estas acciones que han sido responsables de la crisis ambiental, se eleva una amenaza frente a las condiciones de una vida digna para las generaciones venideras, lo cual hace urgente un cambio de conciencia en las formas de producción que han imperado dentro del modelo económico capitalista.

Para el caso concreto de esta reflexión, es de relevancia incuestionable pensar y resignificar las prácticas y las maneras de habitar el territorio, ya que hemos caído en formas de individualización e indiferencia que han afectado el equilibrio natural. Los efectos devastadores en nombre de la acumulación de capital originada por la extracción de los recursos, están acabando con los bosques, hiriendo de manera letal la tierra y ocasionando la esterilidad del territorio que tiene connotaciones místicas que hacen parte de nuestra identidad indígena. Volver a la belleza de esta relación, supone sentir la vida en alteridad; en un compartir, intercambiar e interactuar que supera las jerarquías y por ende, las ideas de dominio,

sometimiento y subalternización; una estética de integración que, tal como el devenir sublime, nos hace parte de un texto vital en armonía y correspondencias.

Concebirnos en la vida como totalidad a la cual pertenecemos y con la cual nos correspondemos, trae consigo efectos de mutua responsabilidad que nos compromete con un hogar común donde el humanismo es consciente de las otras formas experienciales del espíritu, puesto que su naturaleza “reside en tender apremiantemente hacia el acuerdo con los otros y su existencia se halla solamente en la comunidad de las conciencias llevada a cabo” (Hegel, 1993, p. 46), lo cual significa, recorrer “el sentimiento augusto de lo eterno, lo sagrado, y lo infinito [...], la genialidad de las ideas profundas y originales y de los altos relámpagos del pensamiento” (Hegel, 1993, p. 46)

En esta luminosidad que también puede ser anuncio de la tormenta, se esculpe el sentido formativo que puede ser concedido por el territorio, mediante el proceso dialéctico que implica darle tiempo a que lo universal se manifieste; a la comprensión del relámpago que es anterior al trueno como iluminación donde el concepto se abona nombrando la tormenta que deviene con toda su vitalidad, la cual no excluye la calma. Se cultiva en esta imagen una idea pedagógica que ofrece el convencimiento “de que lo verdadero tiene por naturaleza el abrirse paso al llegar su tiempo y de que sólo aparece cuando éste llega, razón por la cual nunca se presente prematuramente” (Hegel, 1993, p. 47), pues la verdad de la semilla debe aguardar hasta el brote de la flor, así como la universalidad del espíritu se esculpe en el humanismo, cuya profundidad reflexiva emerge como un resplandor pensante, a la manera de un relámpago que ilumina la misteriosa belleza de la noche.

Ante este devenir, el mismo humanismo pedagógico se somete al tiempo propicio para resquebrajar la individualidad y apelar al acuerdo a través de la reflexividad de las ideas y de la luminosidad del pensamiento. Pero el tiempo de la contaminación y la indiferencia ya encontraron su etapa de negación para trascender a la reconciliación y el cuidado del planeta.

Por ello, la pedagogía, en reencuentro con la ruralidad, es camino para la reconciliación y el acuerdo; es la ruta para cuestionar el afán por la extracción que viene ocasionando daños, no solamente en la vastedad de la fauna y la flora, sino también en las poblaciones. Este trayecto de conciencia frente a la universalidad, también consiente con la singularidad; de ahí que, la indicación de los detalles pueda ser conveniente para entender de qué manera una parte del planeta, en su bienestar o en su riesgo, continúa en impregnación de la extensión del territorio.

Por ello, la porción territorial colombiana, cuya actividad de extracción se desarrolla, fundamentalmente, en las cuencas de los ríos Putumayo, Caquetá, Apaporis, Guainía e Inírida, además de los territorios indígenas afectados, se extiende la afectación a parques nacionales, humedales, reservas forestales y zonas fronterizas. La expansión de estas consecuencias ocasiona graves desequilibrios geológicos que ponen en peligro las leyes del desarrollo de la tierra como elemental uterino de la vida.

En esta perspectiva y debido a la infinita riqueza en la diversidad vital del planeta, y al inminente riesgo a la que está siendo sometida, es posible observar que los propósitos del desarrollo sostenible también están reclamando el tiempo de su cumplimiento. La negación de las prácticas para el empobrecimiento; el fin del hambre; la reivindicación de la salud y el bienestar; la apropiación de una educación campesina que nos devuelva la memoria con la tierra; la igualdad como criterio humanista; el agua y la energía como un derecho y no como un privilegio; el trabajo digno que permita crecimiento material y social; la productividad

consciente que vuelva a la exploración y renuncie a la explotación; la superación de las desigualdades; los espacios sostenibles y en armonía ecológica; la producción y consumo responsables; las acciones por el clima, por la vida submarina, por los ecosistemas terrestres, así como la paz con justicia social, son intenciones que nos deben unir como familia humana, convocando a la voluntad de gobiernos y empresarios para que, en unidad, se dispongan acciones verdaderas frente a estas crisis que ponen en riesgo la vida en el planeta.

Se insiste en este aspecto debido a que la laxitud y corrupción en la aplicación de las leyes, es un factor de implicación directa en esta problemática, frente a la cual muchas multinacionales, en vínculos contractuales con los gobiernos, ponen en juego muchísimo dinero que garantiza impunidad, pues el riesgo de estas operaciones compromete la vida de todos los ecosistemas que allí habitan, incluido el humano. El territorio, como conjunto planetario, tiene su propedéutica en una magnífica red de oxígeno puro que contribuye a la regulación de las alteraciones climáticas que cada vez elevan el calentamiento global a temperaturas que se hacen inclementes.

Frente a este desolador panorama que pone en evidencia las prioridades del capitalismo en su exclusividad de explotar para acumular y agigantar ganancias, debemos hacernos conscientes de la responsabilidad ética y política que tenemos como familia humana. Por un lado, sumándonos desde nuestras prácticas domésticas y cotidianas a unas acciones que pongan en cuestionamiento el consumismo ocioso y desmedido en las estructuras de la obsolescencia programada, acudiendo al proceso del usar, reutilizar y reciclar y, por otro lado, reclamando a las élites gobernantes, financieras y empresariales, verdaderos esfuerzos para defender y proteger la vida por encima de los inescrupulos del dinero que han movido los intereses del imperialismo como fase superior del capitalismo (Lenin, 1900).

Bastará adicionar, de manera particular, para redundar en las desastrosas consecuencias de la economía global en general, y de las prácticas de extracción en particular, que el bosque lluvioso amazónico tiene muchas amenazas por la explotación de sus recursos naturales, que van desde minerales hasta petróleo y gas, provocando la esterilidad del suelo que, desde el modo de producción esclavista, pasando por el feudal hasta el capitalista, ha sido el medio de producción del cual se han valido las empresas para enriquecerse. La exacerbada e indiscriminada actividad comercial sobre la tierra, realizada por multinacionales, nos ha puesto ante un riesgo que puede llegar a ser irreversible.

Por todo ello, es importante reconocer la importancia de la vida en todas sus manifestaciones y el esmero de las comunidades indígenas y campesinas que ya han habitado el territorio con antelación a cualquier otra idea de identidad humana y que, durante muchos siglos han liderado la guardia y defensa de la tierra contra su explotación. No obstante, sus vidas también están en peligro, y no solo porque la tierra de sus antepasados está en riesgo, sino porque, su propia voz de resistencia está siendo amenazada por el tiempo de la producción que parece no cederle el tiempo a la dignidad de la vida.

Estamos llamados a una actitud fraternal que nos permita pensar la vida en clave del futuro; sensibilizarnos por una vida digna en pluralidad: para quienes estamos y para quienes vendrán; una vida que incluya la flora, la fauna y demás organismos que participan de la biodiversidad del planeta. Mientras sigamos en un individualismo egoísta que privilegia los intereses de los enriquecidos en su afán de explotar el mundo para lograr sus propósitos acumulativos de riqueza, el planeta seguirá su caída en picada hacia el abismo, y con él, todo lo que participa de la vida en la tierra. Este llamado adopta un tono y una perspectiva pedagógica que invita a

recordar desde el territorio con sus legados espirituales, sus saberes ancestrales y sus prácticas culturales.

Una pedagogía en la ruralidad para recordar la tierra como principio vital

A la luz de las vivencias e incógnitas devenidas en los escenarios y reflexiones educativas, las ideas y sentidos que nos ubican en el territorio como referente de formación, hacen parte de un camino pedagógico dispuesto a entablar los diálogos con los saberes que posibilitan una perspectiva más amplia, pluralista y polifónica de la investigación, y en este sentido, de las preguntas que asisten los discursos y prácticas en el ser, en el sentir, en el pensar, en el hacer y proponer como posibilidades para transitar las propias experiencias vitales.

Los saberes y sentires con el territorio son un legado de apropiación pedagógica que permite el posicionamiento político y epistémico para el análisis comprensivo de las fuentes que han direccionado la formación desde disertaciones y colocaciones conceptuales que hemos transitado y que han orientado nuestras premisas y convicciones en el campo de la educación. Esta confrontación, sin duda, posibilita la apertura a otros referentes teóricos y a nuevas composiciones de sentidos que favorecen la confianza y la complicidad alrededor de las sensaciones e imaginarios educativos que posibilitan actuar y relatar nuestras experiencias en un tejido de voces con los textos y los autores que participan de la artesanidad del lenguaje en vínculo con las condiciones sociales y culturales que lo originan.

Por tal motivo, focalizar el territorio para pensar propósitos formativos, tiene que ver con la posibilidad de contemplar la naturaleza en tanto movilizadora de la pregunta que intenta ser expresión de búsqueda y articulación de sentidos que comprometan con la vida como una causa para la libertad, la dignidad y la esperanza. Esta motivación constituye el intento por anudar esfuerzos para propiciar la articulación semántica y vivencial con las cotidianidades que la vida rural sugiere en relación con el cuidado de la naturaleza. En este presupuesto, se teje un encuentro con la ancestralidad del territorio y con sus huellas espirituales que dan origen a prácticas culturales y a evocación de saberes asociados a posturas y posibilidades biográficas que nombran el proceso de subjetivación desde la “cosa invisible, intangible” (Hegel, 1993, p. 462) la cual, al moverse en el concepto vital, se define como “lo más rico de espíritu” (Hegel, 1993, p. 462), aquello que permite comprender otros fenómenos de relación con el planeta, en debates y encuentros con otros saberes, los cuales le propician a la “autoconciencia *culta* que ha recorrido el mundo del espíritu extrañado de sí, [adoptar] por su enajenación la cosa como sí mismo [...] [la cual] sólo es, *esencialmente, ser para otro*” (Hegel, 1993, p. 463).

Podría aludirse a otra forma de ser y percibir el mundo; de leer y escribir el territorio; de nombrarlo, de sentirlo y defenderlo; a una experiencia que propone otra imagen y potencia del texto, entendido como un viaje hacia puertos de sentido donde se integran y proyectan construcciones colectivas en las que se expresan voluntades mancomunadas para crear otras maneras y códigos que propician una relación diferente con la comunicación y el diálogo. Se trata de una proyección vital guiada por el tiempo de la enunciación y no de la gramática; del concepto guiado por el devenir del espíritu y no por la inmediatez de la definición; del pensamiento que transita las profundidades de la palabra y del sentimiento de la vida la cual, necesariamente, dispone un tono crítico y estético para proponer otras condiciones y ambientes de la reflexión educativa, de sus concepciones, prácticas, métodos, instrumentos, herramientas, espacios y escenarios.

Este rumbo acerca a la vivencia del aprendizaje, o a la experiencia con los sucesos y construcciones que a través del lenguaje le van dando apertura a nuevas reacciones y disertaciones para entender y transformar nuestras prácticas y discursos en las realidades donde se entretengan. En este horizonte, la experiencia de espiritualidad, saberes y prácticas culturales en el territorio, procura partir de una mirada más amplia de la lectura y la escritura, en la medida en que ambas constituyen la relación de observación y creación artística en el panorama de la sensibilidad que no omite detalles, indicios y señales para poner la composición de sentido en clave de sensación, emotividad, cuerpo y experiencia con la palabra, es decir, en la contemplación de las diversas y múltiples manifestaciones sensoriales que posibilitan el pulimiento de la subjetividad en tanto todo acontecimiento pasa a ser un evento hermenéutico en narración de nuevas rutas e imágenes del lenguaje.

Por lo anterior, la lectura del territorio deviene como mundo de nuevos descubrimientos que ha de ser transitado, recorrido, visitado, habitado y experimentado para el diálogo de interrogantes que mueven el orden de la escritura en actitud de nuevos hallazgos o memorias, y por lo mismo, de nuevos territorios del conocimiento en los tiempos y escenas del camino; o lo que es igual, en el encuentro entre actores, guiones y obras que permiten intervenciones, alteraciones, mutaciones y rupturas. De ahí que la escritura sea el intento por replicar la aparición de las nuevas texturas de expresividad donde el espacio mismo se convierte en una página de narraciones, o en una vivencia de abrir camino entre los distintos terrenos de la escritura, a partir del territorio vivencial. Caminos de búsquedas, de juegos, de memorias y silencios donde cada párrafo es una escalera para conservar el ascenso y el descenso por el territorio.

En este precedente y, dada la impronta pedagógica de este encumbramiento vivencial y sus trazos de orden inter y transdisciplinar, el territorio como espacio de formación enfatiza en el reconocimiento y la comprensión de las múltiples formas de espiritualidad que se viven en los contextos rurales, mismas que no se limitan únicamente a un patrón homogeneizador europeo-español, sino que dialogan con asuntos de orden ancestral y territorial, y con modos de asumir las relaciones con la divinidad y lo trascendente. Por ello, no se centra en la repetición de determinados cánones religiosos, sino en el despliegue de diversas vías de relacionamiento con la tierra, el agua, el aire, el fuego, y en sí, con las estéticas expandidas que dan cuenta de formas plurales de vivir la espiritualidad.

En atención a la diversidad de las formas de vida campesina y de su fundamento indígena, en el territorio se reconocen las representaciones, los saberes y las prácticas que hombres y mujeres desarrollan para desplegar su ser y hacer en atención a su propia conciencia espiritual. Sin embargo, esta espiritualidad a la que se hace referencia no se limita al mundo de lo invisible, lo inasible o lo insondable. Aquí lo que prevalece es una relación entre materialidad y espiritualidad, pues está claro que acciones como la siembra y la cosecha, el mantenimiento y la atención de diferentes tipos de ganados, el establecimiento de redes de cooperación y de intercambio para la producción agropecuaria y, obviamente, las formas de religiosidad popular, implican una comprensión según la cual todo se relaciona con todo, y el bienestar del afuera implica el bienestar del adentro. Esta es una forma de la espiritualidad, que se despliega en el territorio como espacio de formación.

Esta mirada asienta sus comprensiones en una apropiación de la historia cultural como escenario propicio para vislumbrar los devenires de las prácticas socioculturales, de allí la referencia a los saberes y las prácticas. Por ello, en el territorio se privilegia una reflexión acerca de la espiritualidad como configuración estética y sobre su relación con las dimensiones

antropológica, simbólica y política de los sistemas rurales, asunto que aporta a fortalecer el tejido comunitario, entendiendo la vida rural desde la perspectiva de los buenos vivires, el cuidado y la protección de los ecosistemas y el tejido social, así como la formación para la diversidad, la equidad, la interculturalidad y la interseccionalidad.

Al auspicio de esta pretensión, evocar la experiencia del territorio, transitando las diferentes rutas que ofrecen las señales, las huellas y las semillas sobre la dimensión simbólica del lenguaje y su expansión estética y sublime, permite reflexionar sobre la pregunta por el planeta como un viaje que cuenta la experiencia vital de manera amplia y en alteridad, atendiendo al posicionamiento como subjetividades pedagógicas en intención de búsqueda.

En tal sentido, la espiritualidad, como un viaje por las huellas y semillas de saberes y prácticas que nos instalan en un espacio de reconocimientos y comprensiones compartidas, se nos presenta como una experiencia integral, vivencial y reflexiva que pretende recoger el trayecto como aprendices por el proceso de la vida. Teniendo en cuenta nuestra huella colectiva, que hace memoria de lo atravesado en la experiencia del territorio como un espacio de ancestralidad y ruralidad en la que coincidimos, el territorio adopta la metáfora del viaje para emprender un recorrido por el símbolo del camino, anunciado como un referente de improntas para pensar otras memorias de la vida.

En coherencia con esta proposición, viajar por las huellas alude al corolario de la memoria como un territorio vivencial en el cual tiene continuidad la misión del camino en el precedente de la pregunta. Se justifica, entonces, el viaje como un retorno a la huella de la pregunta que inspira nuestra misión formativa para seguir los pasos que le han dado florecimiento al paisaje del camino como una expansión estética y vital, en la que también acontece la imagen de la semilla como el brote semántico que ha desafiado la arquitectura del laberinto para evocar otras posibilidades en la geografía estética del lenguaje. Anótese a la comprensión de este enunciado, que la ruta laberíntica sintetiza su condición amplia del mensaje en el viaje que, auxiliado por el hilo conductor y su movimiento acompasado sobre la huella, encuentra el horizonte revelador de la idea que ha florecido y que ahora se manifiesta como un jardín legendario en el color y el aroma de las palabras.

Se alude con esta dimensión orgánica del lenguaje, al encuentro de la palabra con el carácter sublime de la naturaleza que no pretende permanecer; que es dialéctico dentro de las leyes de un orden misterioso que bien podría ilustrarse en la flor como signo que materializa el logos divino: “Por eso, es leve, imprecisa, indeleble y perenne la flor. Y de ahí que, en algunos grandes idiomas, como el hebreo y el árabe, al igual que en los jeroglíficos egipcios, las letras sean como una flor (Zambrano, 2009, p. 152).

Desde esta dialéctica natural, la conjugación de lo estético y lo sublime obedece al movimiento de las palabras que se van expandiendo en la belleza que cuenta los detalles que permiten contemplar y comprender el viaje. Por ello, en el escolio que explica la intertextualidad de experiencias en el camino, se precisa la claridad del recorrido frente a un horizonte de hallazgos que dan cuenta de la experiencia como un acumulado de memorias con el territorio, sus paisajes y sus enigmas, pero sin desconocer la riqueza enunciativa abonada por la narratividad polifónica entre los saberes que se integran para propiciar el encuentro y el diálogo.

En estas simbologías se describe la imagen del viaje en resonancia con lo transitado en la experiencia del proceso vivencial, teniendo como justificación la metáfora del camino que recoge el propósito de la pregunta, la cual, a su vez, propicia la evocación de lo recorrido;

adicionalmente, el camino es alusión de las memorias que han hecho parte del tejido narrativo y sobre las cuales, los pasos emprendidos permiten encontrar el territorio para el florecimiento de la semilla, ésta, por su parte, también es memoria vivencial floreciendo como reflexión de un viaje que podrá dar señales de nuevas travesías. Ahora bien, lo atravesado y las vivencias que nos suscite tendrá como propósito la evocación del proceso vital para pensar los bordes y las bifurcaciones del camino, a través de la experiencia como un viaje en atravesamiento de la pregunta.

Narrarnos en viaje es una metáfora dialéctica para pensar la pedagogía en alianza con la pregunta como una expresión de permanente asombro y extrañamiento; una experiencia para el desalojo, para la libertad de pensarnos en formación como construcción y reconstrucción frente a las pausas e interrupciones que generan un acontecimiento en fragmentación de lo ordinario.

De esta manera, el viaje sugiere una pedagogía en pregunta que también significa una travesía permanente por el sentido del preguntar, es decir, se trata de una pedagogía en creación de lo humano en dialéctico acontecer formativo. Una pedagogía que, como las subjetividades que en ella se ponen en inquietud, no puede encasillarse en una generalización de conceptos; se alimenta del detalle narrativo que, como si se tratara de una descripción de la naturaleza, transita a la manera de una novela. El camino formativo plantea, entonces, un espíritu de caminantes en los territorios del lenguaje; un movimiento cauto por los alfabetos del pensamiento y, por ello mismo, una identidad de indigencia pedagógica que conduce por el mundo en atención a sus minucias, pero, así como sucede con el despliegue de la naturaleza, sin pretensiones de permanencia en las definiciones o en las generalizaciones; una palabra en compromiso ético, estético y político, pero desalojada de los dogmatismos epistemológicos que han pretendido colonizar las formas del nombrar en los criterios autobiográficos de la individualidad. El derecho a nombrar estéticamente el mundo es, entonces, el reto que nos traza el territorio como referente de formación en el cual recuperamos el humanismo para defender la vida.

3. CONCLUSIONES Y SUGERENCIAS

El desafío histórico ante el cual nos encontramos, pone en cuestionamiento los lineamientos procedimentales del capitalismo, por ser ellos los causantes del tentativo colapso ambiental que pone en tela de juicio las condiciones de vida digna en el planeta. Los desequilibrios climáticos, las especies en vía de extinción, la escasez alimentaria ocasionada por la esterilidad de la tierra, la perforación del territorio y el desmedro en la explotación de los recursos, ha llevado a pensar que la viabilidad de la permanencia en la tierra se haga imposible; en estos efectos procedentes de la acción humana dirigida por la ambición de ganancia propia del modelo económico vigente, las posibilidades de una vida saludable y en bienestar se hacen muy turbias, lo cual pone en duda las alternativas de una vida digna para las generaciones futuras. La contaminación que padecemos, sin importar que sus procedimientos emerjan de prácticas legales o ilegales, es una realidad nefasta para el balance de la tierra y, por consiguiente, para la obtención de los recursos básicos de los cuales depende la supervivencia de todos los ecosistemas.

El impacto de la minería sobre el medio ambiente se dirige sensiblemente a los procesos del suelo, el cual sufre las secuelas de la contaminación y el socavamiento de sus minerales; así mismo, el agua padece la alteración de sus componentes, haciéndose inservible para los requerimientos de la vida y agotando su potencial y biodiversidad en fauna y flora; en igual sentido, la remoción de los glaciares como la contaminación del aire y de sus capas

atmosféricas, experimentan un desequilibrio que se suma a la tremenda degradación ambiental y, con ello, a la inevitable pérdida de biodiversidad planetaria. En tales consecuencias naturales, no es menos importante el efecto social y económico que, sobre las comunidades locales, principalmente indígenas y campesinas, desatan conflictos de coexistencia que lindan con amenazas a la vida y con las tensiones frente a los diversos usos de la tierra. Adicionalmente, el riesgo patrimonial a nivel cultural se ve reflejado en el sacrificio de comunidades originarias que nos han legado un sentido de amor y protección del planeta; el cuidado y la mística con la tierra como madre de todos los que la habitamos.

Ante este fenómeno que parece ser la expresión en ruina de una idea estricta y restringidamente material del mundo, se dispone una perspectiva pedagógica que indaga por la dimensión dialéctica del territorio en experiencia del deambular espiritual que entiende la manifestación sensible de la vida más allá de las nominaciones de la biología y, por supuesto, de las identidades ideológicas y separatistas que nos han demarcado dentro de una espacialidad de roles, comprensiones y pretensiones. La comprensión territorial del planeta nos expone a la textualidad de la naturaleza como escenario donde la tierra conserva nuestras huellas como humanidad en retorno a una experiencia en alteridad de la vida.

Sin duda, el territorio es un escenario de memorias vivenciales donde lo instintivo, lo místico, lo biográfico y lo simbólico, permite la evocación del espíritu a través de nuestros propios códigos emocionales y lingüísticos que cuentan un sentir colectivo y un deseo compartido por habitar el mundo en reivindicación estética de la libertad, la dignidad y la justicia. Esta mirada de integración con el territorio, además de integrarnos en alteridad, nos da apertura para entender y transitar el espacio en contemplación y comprensión de lo tangible y lo invisible, en suma, una relación dialéctica donde la materia pone en viaje experiencial la dimensión sensible e intangible del espíritu.

En esta indagación pedagógica, la contemplación se dirige a la profundidad del territorio para entender el espíritu como expresión en diversas configuraciones, donde el mismo yo se percibe diferenciado, hasta que logra recorrer el camino de aprendizaje que permite la integración en lo percibido. Esta evocación es posible gracias a la trascendencia conceptual que ha recorrido la profundidad del ser del yo como cosa, la cual, además de ser inmediatez a los sentidos, es dimensión planetaria en tejido con lo tangible y lo invisible y, por lo mismo, en narración que manifiesta la universalidad del espíritu.

En tal apreciación, la referencia formativa del territorio, sugiere una reflexividad trascendental en la cual el yo, en relación con la cosa, ha alcanzado una amplitud de conciencia asistida por un estado de iluminación que permite un proceder en autoconciencia con el mundo y sus diversas expresiones vitales, a partir de las cuales el ser en otredad es también un ser reconocido por la otredad que lo conjuga y comunica la unidad o la reconciliación como una especie de alma cósmica en la que se manifiesta el ser para sí y el ser en sí tejidos en el concepto.

De este modo, la pedagogía teje como un integrar tonos y texturas; reconciliar formas y contenidos; cultiva las semillas de la paz como experiencia, confianza y esperanza en el humanismo; posibilidad de convivir en bondad atendiendo el mensaje del territorio como referente de equilibrio, armonía y balance. Teje colectivamente la conciencia para evocar y avocarnos a lo plural, trascendiendo la individualidad y recorriendo la vida en sus tramos temporales que renuevan del devenir infinito del espacio y el tiempo.

Este reflejo de la naturaleza le permite a la pedagogía reflexionar el mundo como un hogar común en el cual se enciende la hermandad y la fraternidad como atributos del humanismo que piensa, cuida, protege y defiende la vida. Esta perspectiva de integración a la totalidad, supone la sensibilidad con el territorio como una extensión sublime y natural que invita a explorar y evocar su profundidad ancestral en saberes y prácticas culturales que tienen fundamento en la experiencia espiritual. En esta unidad se expresa el todo como expansión y despliegue en los lenguajes diversos de la materialidad. Por ello, el territorio, en su ontología de reciprocidad vital ofrece un orden que permite componer el sentido cósmico como una secuencia de compensaciones.

En este horizonte de apreciaciones, se sugiere, considerar la dimensión territorial como textura lingüística que nos sensibiliza en la contemplación y comprensión de textos y contextos que brindan saberes y plantean preguntas; contextos que expresan la diversidad del mundo en sus despliegues legendarios y sus tensiones y afectaciones productivas; los contextos y sus marcas trascendentales; también sus huellas de abandono o atropello; leyendas de sus registros ancestrales y de sus pisadas de opresión.

Con estos precedentes, el acercamiento pedagógico a la riqueza del mundo como un territorio, sugiere pensar la formación como un proceso de interpelación dialógica, a la luz de las sensibilidades íntimas que permiten proyectar actuaciones en el territorio: recuperar sus saberes, valorar sus prácticas, reivindicar sus particularidades en su travesía a lo universal, apreciar su biodiversidad, pero además, rescatar la esencia vital en la unidad trascendental que nos retorna a la fuente del amor como aguja que nos reconcilia.

De esta manera, la pedagogía, en su amplia perspectiva de prácticas y discursos, concibe la formación como un movimiento de sensibilidad y sentido con la vida; un acento en las voces que resuenan los patrimonios territoriales en sus virtudes materiales y en sus sabidurías espirituales; un abono de palabras dispuestas a dirigir el concepto en la estética narrativa que integra y expande la verdad como expresión de la belleza en su inagotable bondad.

4. REFERENCIAS

- Guzmán, P. M. (2015). *La guerra de Irak 2003: los intereses ocultos de las multinacionales petroleras y su influencia en los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU*. [Trabajo de pregrado, Universidad Colegio Mayor de nuestra señora del Rosario]. <https://repository.urosario.edu.co/server/api/core/bitstreams/8b7ebb5e-14ae-4a5f-982b-72b31077b7b2/content>
- Hegel, F. (1993). *Fenomenología del Espíritu* (Trad. W. Roces y R. Guerra). Fondo de Cultura Económica.
- Lenin, V. I. (1900). *El imperialismo. Fase superior del capitalismo*. Debarris.
- Llambí, L. y Pérez, E. (2007). Nuevas ruralidades y viejos campesinismos. Agenda para una nueva sociología rural latinoamericana. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 4(59), 37-61. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/desarrolloRural/article/view/1215>
- Marx, K. (2012). Manuscritos de París. En: *Obras fundamentales*. Editorial Gredos, S. A.
- Zambrano, M. (2009). *Las palabras del regreso*. Ediciones Cátedra.